

La primera temporada de Julián Gayarre en Valencia (3-9 de Abril de 1881)

Fernando Torner Feltrer
José Salvador Blasco Magraner
Francisco Carlos Bueno Camejo
Universitat de València

Resumen. En esta investigación se ha analizado la primera actuación en el Teatro Principal de Valencia del gran tenor español Julián Gayarre, tomando como fuente la prensa valenciana durante la monarquía de Alfonso XII. Este cantante, nacido en Roncal (Navarra), actuó en el Teatro Principal de Valencia durante la temporada 1880-1881. En el mes de abril de 1881 cantó *La Favorita*, *La Africana* y *Lucía de Lammermoor*. Se han recogido y estudiado, asimismo, las críticas musicales publicadas en los periódicos locales: “El Mercantil Valenciano” y “Las Provincias”.

Palabras clave. Julián Gayarre, ópera, tenor, prensa valenciana, crítica musical, *La Favorita*, *La Africana*, *Lucia di Lammermoor*.

Abstract. This research has analyzed the first performance at the Teatro Principal of Valencia of the great Spanish tenor Julian Gayarre, using as source the Valencian press during the monarchy of Alfonso XII. The singer, born in Roncal (Navarra), performed at the Teatro Principal during the 1880-1881 season. In April 1881 he sang *La Favorita*, *La Africana*, *Lucia di Lammermoor*. This research also collects and studies music reviews published in local newspapers “El Mercantil Valenciano” and “Las Provincias”.

Keywords. Julián Gayarre, opera, tenor, Valencian press, music criticism, *La Favorita*, *La Africana*, *Lucia di Lammermoor*.

1. Breve biografía y rasgos canoros de Julián Gayarre

El tenor Sebastián Julián Gayarre Garjón¹ nació en la localidad navarra de Roncal el 9 de enero de 1844. Cuando frisaba los trece años de edad, su padre decidió que sería

¹ La bibliografía específicamente dedicada a la biografía y personalidad artística de Julián Gayarre no es muy abundante. Destacamos dos monografías, *sensu stricto*. La más emotiva es la de Florentino Hernández Girbal. Cfr. HERNÁNDEZ GIRBAL, Florentino: *Julián Gayarre: el tenor de la voz de ángel*, Arno Press, Madrid, 1977. La segunda es obra del matrimonio formado por Marta Herrero Subirana y Francisco Moreno Bardají. Cfr. HERRERO SUBIRANA, Marta y MORENO BARDAJÍ, Francisco: *Julián Gayarre: un tenor histórico, un navarro universal*, Edición propia de los autores, Madrid, 2003. Otro estudio interesante, en este caso comparativo, es el libro que escribieron Antonio Peña y Goñi, en

pastor de ovejas². Más tarde, trabajó como herrero, aunque pronto dejó el oficio por motivos de salud. Comenzó a estudiar música, vinculado al Orfeón Pamplonés. Gracias a los consejos del célebre Hilarión Eslava, se marchó a estudiar al Real Conservatorio de Madrid. Debutó en Navarra, cantando zarzuelas en la compañía lírica de Pepe Gaínza. En 1869, obtuvo una beca para estudiar Canto en Milán. En 1869, debutó en el Teatro Varese, con el ingrato papel de Alvino, en la ópera de Verdi *Lombardi alla Prima Crociata*. Entre 1873 y 1875 obtuvo resonantes éxitos en San Petersburgo y en Moscú. El 2 de enero de 1876 triunfó en toda regla en el Teatro Alla Scala de Milán, con la ópera *La Favorita*, la que más gloria le dio. El compositor Amilcare Ponchielli, profesor de Puccini, lo escogió para el estreno de su ópera más importante, *Gioconda*, el 8 de abril de 1876 en La Scala. Julián Gayarre falleció el 2 de enero de 1890³.



El tenor español Julián Gayarre

Las características técnicas canoras de Gayarre se resumen en una frase suya, escrita en una carta dedicada a su mentor en el Orfeón Pamplonés, Conrado García: “Usted ya sabe que yo no tengo una voz grande, pero sí que es bonita y que se presta a cantar bien”⁴. Su voz no era voluminosa, pero homogénea en toda su gama. El timbre era muy bello, y poseía una seducción especial, casi exótica. Preocupado por la recuperación del canto *fino*, Gayarre albergaba ricos matices. En las medias voces, poseía una dulzura exquisita. Por otro lado, el ímpetu varonil de su canto y la

colaboración con Jesús Casado Harpigny. Cfr. PEÑA Y GOÑI, Antonio y CASADO HARPIGNY, Jesús: *Gayarre y Masini. La ópera en Bilbao en 1882*, Muelle de Uribitarte Editores, Colección Bilbainos Recuperados, Bilbao, 2008.

² También el tenor gerundense, el gran *divo* Ricardo Viñas, lo fue.

³ MARTÍN DE SAGARMÍNAGA, Joaquín: *Diccionario de cantantes líricos españoles*, Acento Editorial / Fundación Caja de Madrid, Madrid, 1997, pp. 162 y ss.

⁴ *Idem*.

conmoción desesperada de los acentos, evocan ya la llegada de algunas características de la nueva escuela *verista* de ópera italiana. Empero, no obstante, como ya hemos indicado anteriormente, se encontraba muy cómodo con las óperas belcantistas, en particular, con *La Favorita* de Donizetti.

2. Gayarre, revulsivo de teatros provincianos

Uno de los méritos de Julián Gayarre fue dinamizar la vida operística de ciudades españolas de segundo rango, por detrás de Madrid y Barcelona, durante la monarquía de Alfonso XII. Así, el inmortal tenor navarro, en Sevilla, insufló aliento al Teatro San Fernando merced a sus actuaciones, durante los años 1880, 1881 y 1885. En ese coliseo hispalense, en 1880, el cantante de Roncal cantó *I Puritani* de Bellini y *La Favorita*, de Donizetti. En 1881, además de estas dos óperas, incluyó *La Africana* de Meyerbeer. Como acontecerá en Valencia, Gayarre fue agasajado por los grupos sociales pudientes sevillanos, como es el caso de los marqueses de Gaviria, quienes organizaron una suntuosa fiesta en su mansión, en honor del tenor navarro, con ocasión de la función de su beneficio, el 11 de mayo de 1881. Fue la primera vez que hubo reventa de entradas en Sevilla. En 1885, Gayarre amplió su repertorio, cantando *La Favorita*, *Lucrezia Borgia*, *Fausto*, *Rigoletto*, *Los Hugonotes*, *La Africana*, *Lucia di Lammermoor*, *Aida* e *I Puritani*⁵.

En Bilbao se vivió una situación parecida. El vetusto Teatro Principal de la ciudad, a orillas del río Nervión, vivió en 1882 una de sus temporadas más brillantes, cuando el empresario Luciano de Urizar consiguió contratar al magno tenor navarro Julián Gayarre, para que viniese a cantar veinte óperas a partir del Domingo de Resurrección, el 9 de abril de 1882. A título de curiosidad, el infausto Urizar -que era amigo del tenor de Roncal-, sin embargo, no llegó a escucharlo, pues falleció la víspera del debut de Gayarre. Eso sí, el tenor navarro acudió a los funerales, en la iglesia de San Nicolás, en donde cantó el aria de Stradella, “Pietà, signore”, para homenajearlo. Durante la temporada teatral bilbaína, que tuvo lugar entre el 9 de abril y el 16 de mayo de 1882, Gayarre cantó los siguientes títulos: *I Puritani*, *La Favorita*, *Lucrezia Borgia*, *Los Hugonotes*, *La Africana* y *Faust*.

También en Valencia, Sebastián Julián Gayarre Garjón sirvió de revulsivo a la anodina temporada de 1880-1881.

3. Un primer intento de contratación de Gayarre en el Teatro Principal de Valencia: 1878

Aunque el periódico matritense “La Correspondencia de España” anunció que el gran divo navarro cantaría algunas funciones de ópera en el Teatro Principal de la ciudad del Turia, cedido mediante contrato por el Teatro Real de Madrid, durante la temporada 1878-1879, información de la que se hizo eco “El Mercantil Valenciano”⁶, se trató de un espejismo, pues el tenor de Roncal no cantó durante esa temporada. No existe constancia de ello en la prensa valenciana.

⁵ Véase MORENO MENGÍBAR, Andrés: *La ópera en Sevilla (1731-1992)*, Ayuntamiento de Sevilla, Col. Biblioteca de temas sevillanos, Sevilla, 1994, pp. 107-110.

⁶ “El Mercantil Valenciano”, 6 de marzo de 1878.

4. Las circunstancias de la contratación de Gayarre, en el Teatro Principal de Valencia, durante la temporada 1880-1881

El Teatro Principal había ideado que el tenor navarro pusiese el gran broche de oro, a la temporada de ópera italiana de la compañía de Cosme Ribera y Miró. Sin embargo, las circunstancias para que Gayarre actuase en el proscenio valenciano de la calle de Las Barcas no constituyeron precisamente un camino de rosas. Aunque se trató de una tormenta en un vaso de agua.

Analicemos el asunto con detenimiento.

Julián Gayarre estaba vinculado contractualmente al Teatro Real de Madrid. Pero el cantante de Roncal se alternaba en sus cometidos artísticos con el gran tenor italiano Roberto Stagno –Vincenzo Andrioli era su verdadero nombre. El cantante palermitano rompió su contrato con el Teatro Real, por lo que encargaron a Gayarre que interpretase el papel estelar del Caballero del Cisne en la ópera de Wagner *Lohengrin*. El problema es que *Lohengrin* tenía que cantarlo justo cuando debía intervenir en la escena del Teatro Principal de Valencia.

Para enturbiar más las cosas, se publicó en rotativo valenciano “Las Provincias” la opinión de algunos malintencionados, que cuestionaban la posible actuación en Valencia del magno tenor de Roncal. Es necesario apuntar que, desde el propio periódico conservador, no se le dio pábulo a esta “gacetilla”⁷. La reacción del empresario del Teatro Principal –a nuestro humilde juicio, excesivamente airada- no se hizo esperar. Al día siguiente, apareció un desmentido, remitido al otro periódico, “El Mercantil Valenciano”:

Teatro Principal de Valencia, 26 de marzo 1881.

Sr. Director de EL MERCANTIL VALENCIANO.

Muy señor nuestro y de la más distinguida consideración. Ansiosos de dar explicaciones al público y dejar la verdad en su lugar, rogamos a usted inserte en su periódico las siguientes líneas.

Bajo un dícese que nada confirma, pero que siembra la duda, apareció una gacetilla en Las Provincias intentando poner en tela de juicio la próxima venida a esta ciudad del eminente tenor Gayarre.

La empresa se apresuró a suplicar á la prensa que rectificara la noticia, pues era infundada y lastimaba intereses respetables. Tomando después como pretexto la rescisión del Sr. Stagno en el Real, se acentuó más la duda y el indicado periódico y El Comercio especialmente, se permiten algunas apreciaciones que aun como hipótesis nos son ofensivas.

El tenor Sr. Gayarre termina su contrato en el Real el día 31 Marzo y esto lo sabe la empresa desde que se entendió con dicho señor para dar cuatro funciones en este teatro Principal. En su virtud quedó hecho el convenio con aquella notabilidad desde el 26 de Enero, mucho antes de abrir el abono, y como a la empresa no se le ha ocurrido jamás que el Sr. Gayarre pudiera faltar a sus compromisos, ni en el decurso del plazo transcurrido

⁷ “Las Provincias”, 25 de marzo de 1881.

desde que se ultimó el contrato ha tenido la menor noticia de que hubiesen surgido dificultades de ningún género para el cumplimiento del mismo, de aquí que la alarma sea infundada y que las alteraciones en los repartos del Teatro Real en nada afecten al cumplimiento de la promesa que esta empresa tiene hecha al público.

Creemos bastarán estas explicaciones para que queden en el lugar que les corresponde. Sus atentos S. S. Q. B. S. M., Francisco Carvajal y C^a.⁸

No obstante, finalmente, las gestiones del Teatro Principal llegaron a buen puerto y Gayarre, por fin, podría cantar en Valencia, según el periódico "Las Provincias"⁹.

5. Expectación ante la llegada de Gayarre a Valencia

Julián Gayarre llegó a Valencia el día 2 de abril de 1881, en el tren correo procedente de Madrid. Además del empresario del Teatro Principal y del resto de los cantantes de la compañía, acudieron a recibirle muchos admiradores del artista navarro. Gayarre se hospedó en la céntrica Fonda de Villarrasa, y esa misma noche sería obsequiado con una serenata. Estaba previsto que, durante su breve estancia en Valencia, se organizaran excursiones en su honor, transitando por la que, en un futuro, sería el área metropolitana de la capital del Turia. En los ágapes, no se olvidaron obsequiarle con la tradicional paella, por supuesto¹⁰.

La presencia del *divo* navarro en Valencia suscitó un auténtico revuelo en la prensa. Así, el diario "Las Provincias", que constaba entonces de cuatro páginas, le dedicó dos el día 3 de abril de 1881, para explicar a los lectores su biografía, trufada de múltiples anécdotas, y analizar su voz, que no sólo alcanzaba el mágico DO DE PECHO en su registro sobreagudo, sino que llegaba al DO#¹¹.

6. Gayarre canta en el Teatro Principal de Valencia *La Favorita*, *La Africana* y *Lucia Di Lammermoor*

6.1. *La Favorita*

La primera ópera que cantó Gayarre en el Teatro Principal de Valencia fue un título *belcantista*, muy virtuoso, su tarjeta de visita: *La Favorita* de Donizetti, el 3 de abril de 1881, de acuerdo con el siguiente reparto estelar:

Fernando	Julián Gayarre
Leonora de Guzmán	Emma Colonna
Alfonso XI de Castilla	Pedro Fárvaro
Baltasar	Carlos Ulloa

⁸ "El Mercantil Valenciano", 27 de marzo de 1881.

⁹ "Las Provincias", 25 de marzo de 1881.

¹⁰ "El Mercantil Valenciano", 2 de abril de 1881.

¹¹ "Las Provincias", 3 de abril de 1881.



El Teatro Principal de Valencia, en una foto del año 1910

Sorprendentemente, el periódico “Las Provincias” no publicó crítica alguna sobre la actuación de Gayarre en *La Favorita*. Sí lo hizo, en cambio, “El Mercantil Valenciano”. Para ello, convocó a su crítico, Ignacio Vidal, quien nos legó un impresionante texto sobre el paso del *divo* de Roncal. Para empezar, reconoció estar ante un evento único, un “maravilloso acontecimiento”. Bendijo el arte en grado sumo de Sebastián Julián Gayarre. Su canto reviste rasgos “sobrenaturales”, propios de un *divo*. Según el profesor de música Ignacio Vidal, el navarro poseía una voz poderosa que emitía con total naturalidad y frescura. También advirtió el encanto irresistible de las medias voces. El momento estelar fue cuando interpretó la romanza de referencia de esta ópera de Donizetti “Spirto gentil”, que hubo de bisar. A título anecdótico, el padre de Julián Gayarre estaba en el patio de butacas. Al menos desde el punto de vista dramático, la contralto Emma Colonna anduvo a su altura, reconocido por el público con las ovaciones. El barítono Antonio Putó fue sustituido a causa de una indisposición, de manera improvisada, por Pedro Fárvaro, impecable. El bajo Carlos Ulloa, correcto. La nota discordante la puso el coro, desafinado e inmóvil en escena, y la orquesta:

GAYARRE EN LA FAVORITA

Maravilloso acontecimiento que no se borrará nunca de la memoria de cuantos lo presenciaron fue la presentación por primera vez en la escena del teatro Principal de ese brillante astro del mundo musical llamado Julián Gayarre. Nuestra tosca pluma apenas si puede describir con toda la verdad y colorido el magnífico aspecto que presentaba dicho coliseo la noche del domingo último. Sería necesario registrar sus más brillantes páginas para encontrar algo parecido y análogo a lo que presenciamos la citada noche. Con decir que los palcos estaban henchidos de hermosas damas que lucían sus mejores atavíos, y que el resto de las localidades las llenaba un público al que le cuadraban muy bien los obligados calificativos de numeroso y escogido, está dicho todo.

Si quisiéramos una prueba fehaciente del inmenso poder que tiene el arte, la tendríamos muy elocuentísima con lo que pasa en Valencia de algunos días a esta parte. En la calle, en el paseo, en el seno del hogar doméstico, en suma, allí donde se reúnen dos personas, no se habla otra cosa que de Gayarre, de señalar sus excepcionales aptitudes, de su historia, de sus triunfos, y hasta de su amor al progreso y a la libertad de los pueblos.

Y es natural: no se trata de un potentado que derramando el oro a manos llenas y dispensando mercedes satisface hasta los menores caprichos de la turba de ambiciosos que le rodea, ni tampoco de un general vencedor que se presenta a la muchedumbre ansioso de recoger los laureles de la victoria: se trata simplemente de un hombre que nacido en humilde cuna, ha logrado con el esfuerzo de su inteligencia y mediante las privilegiadas dotes que la natura le ha concedido, colocarse en la cúspide de la gloria, desde la cual ejerce avasallador, sí, pero dulce y suave dominio sobre los que buscan en las manifestaciones de la belleza el bálsamo que cure y restañe las heridas producidas por su contacto con la grosera realidad.

¡Bendito sea el arte que tales dulzuras contiene en sus entrañas!

Pero abandonemos esta clase de consideraciones, y pasemos a exponer lisa y llanamente el concepto que nos merece el artista eminente que se ha dignado darnos a conocer los maravillosos secretos de su garganta, en la interpretación de su obra «favorita», como da en decir la fama.

Bien pudiéramos evitarnos un análisis detenido de las facultades que adornan a nuestro insigne compatriota, con solo decir que en él se funden de un modo admirable el arte y la naturaleza, expresión que en sentir nuestro sintetiza la personalidad de Gayarre: la naturaleza en una voz que por el número de condiciones que presenta, todas ellas de primer orden, raya en lo increíble y toca en los límites de lo sobrenatural, y el arte por medio de una maravillosa intuición fecundada y abrigada con el estudio. Pero con esta síntesis no quedarían satisfechas las exigencias de la crítica, ni acaso los deseos de nuestros lectores, ni mucho menos las propias condiciones que debe reunir un trabajo de esta índole.

La voz de Gayarre es potente, robusta, vibrante, ágil y de una frescura y nitidez incomparables. En ella se unen en misteriosa conjunción la dulzura con una fuerza expansiva que en determinados momentos adquiere un sello de grandeza excepcional. No hay para decir que verifica con una facilidad pasmosa los pasos del fuerte al piano y viceversa por medio de una gradación insensible, sin violencia, natural, lo que produce un verdadero asombro. Agréguese a estas grandes facultades una emisión fácil y espontánea que le permite recorrer sin esfuerzo alguno todos los registros, sin que por ello mengue en lo más mínimo el valor de los sonidos.

Entre el canto y la voz existe una verdadera correlación y armonía: aquél se nos ofrece con un estilo puro, correcto y elegante, sin que alteren estas cualidades que son el resultado de una escuela superior, los arranques fogosos y enérgicos que las palabras exigen; el fraseo es amplio y claro, sin que se pierda ni una sola sílaba, y la media voz deliciosa y llena de encantos irresistibles.

La acción de Gayarre es sobria, pero inteligente y distinguida, lo cual avalora su personalidad artística.

Cuando Gayarre apareció en la escena, fue saludado con expresivas muestras de cariño, que fueron pronto reprimidas. La ansiedad por oírle era grande, y así que el tenor dejó oír su voz admirable, expresando con los acentos más dulces el sentimiento amoroso que embargaba su alma, en la romanza de salida «É una vergine, un angel di Dio», grandes aplausos resonaron en el teatro, admirando todos las sorprendentes facultades que antes hemos precisado.

Estas manifestaciones se reprodujeron en el dúo con la tiple del mismo acto, siendo llamado Gayarre a la escena varias veces, en unión de la Srta. Colonna.

El público temeroso de perder una nota de las que vertía Gayarre con singular pureza, estuvo silencioso en demasía al escuchar la magnífica frase que precede al concertante del acto tercero, la cual fue dicha con una amplitud y energía dramática según reclamaba la situación.

Pero el momento excepcional, extraordinario de la representación de la «Favorita», fue aquel en que interpretó la bellísima e inspirada romanza del «Spirto gentil». No exageramos nada diciendo que no es posible expresar por medio de la palabra la sublime ejecución que dio a este trozo de música nuestra compatriota Gayarre, quien en vez de cantarlo con una entonación igual, aunque dulcísima, como lo hicieron otros tenores eminentes, la canta con más variedad de tonos que, sin estar exentos de suavidad y dulzura, siguen el sentido de las palabras. De esta manera Gayarre quita a su acabadísimo trabajo la monotonía que resulta del primer modo de ejecución, imprimiéndole más vida, más color, sin desvirtuar por ello el carácter que predomina en la romanza.

El público, fascinado por los inimitables acentos de la voz de nuestro compatriota, reprimía con fuerza las múltiples y fuertes emociones que experimentaba al oírle, y solamente se escuchaba de vez en cuando un rumor semejante a un quejido, no bastando el esfuerzo humano para sofocarlo.

A las últimas notas de la romanza, siguió una atronadora y prolongada salva de aplausos. En este instante ocurrió un incidente digno de mención: los espectadores, como movidos por un resorte, dirigieron sus miradas hacia un anciano de tostado rostro, surcado de arrugas, pero de aspecto simpático y venerable, que ocupaba un asiento de delantera de platea. Era el padre de Gayarre, a quien no abandona nunca. Y es la mejor compañía.

El eminente artista repitió la romanza y se repitieron también por parte del público las demostraciones de entusiasmo.

Y nosotros también llevados de él hemos dado unas proporciones demasiado largas a esta reseña; de manera que con el objeto de que aparezca en el número de hoy, nos vemos obligados a andar muy aprisa, a fin de recorrer el no escaso trayecto que falta todavía para dar cima a nuestro trabajo.

La Srta. Colonna no defraudó nuestras esperanzas: ya en las líneas que consagramos a esta distinguida artista cuando se dio a conocer en la parte de «Amneris», pusimos de relieve las condiciones de su órgano vocal, que no es tan superior como sus cualidades dramáticas, que son muy recomendables. De donde se infiere sin grande esfuerzo la interpretación que dio a la protagonista de la ópera. El público descartando lo que tiene la Srta. Colonna de deficiente, y aplaudiendo lo que posee de meritorio, hizo

justicia a la bella artista, que cantó con exquisita pureza y acentos expresivos el tierno andante «O mio Fernando», y expresando en el acto cuarto con mucha verdad las torturas que sufría su corazón al verse rechazada por su amante.

Una indisposición repentina nos ha impedido oír al barítono Sr. Putó en la interpretación de Alfonso XI. Pero afortunadamente se encontraba en esta ciudad el simpático Sr. Fárvaro (Don Pedro), quien haciéndose cargo del compromiso en que se hallaba la empresa, no vaciló a las primeras indicaciones de ésta en aceptarlas. Con la maestría que le es peculiar, cantó el andante de su aria de salida, a cuya terminación fue aplaudido; pero en donde estuvo a notable altura fue en la romanza «A tanto amor», del acto tercero, en cuya ejecución utilizó excelentes matices.

El Sr. Ulloa estuvo bien en el desempeño de «Baltasar».

Los coros desafinados, y la orquesta no estuvo exenta de defectos, hasta el punto de que resultara fría la escena final del acto tercero. Sobre todo hay necesidad de hacer comprender a las señoras del coro que no son estatuas, sino personajes de carne y hueso y que contribuyen en la medida de su papel al desarrollo de la acción. Veremos si se enmiendan en lo sucesivo.

Terminaremos, no por ser obligados, sino porque a ello nos mueve el reconocimiento, felicitando a la empresa por la venida de Gayarre, hecho que por sí solo bastaría a la gratitud de cuantos ansiaban conocer al artista eminente, gloria de nuestra patria.

Ignacio Vidal¹²

6.2. *La Africana*.

El magno tenor navarro interpretó el papel de Vasco de Gama en la *Grand Opéra* de Meyerbeer *La Africana*, al día siguiente, el 4 de abril de 1881. Fue la primera crítica publicada en el diario “Las Provincias” sobre la actuación de Gayarre en el Teatro Principal, y vio la luz el día 5 de abril. El reparto fue el que reproducimos a continuación:

Vasco de Gama	Julián Gayarre
Nelusko	Pedro Fárvaro
Selika	Bianca Remondini
Inés	Augusta Fidi-Azzalini
Don Pedro	Carlo Ulloa

La crítica de “Las Provincias” es relativamente escueta y no entra en detalles canoros. Este periódico también reconoce la maestría de Meyerbeer, ahora como “majestuosa armonía de conjunto”. Fue un exitazo; abarrotado de público. Gayarre, junto con la soprano italiana Bianca Remondini, fueron llamados a escena cuatro veces en el Acto IV:

Es (...) *La Africana* una ópera escrita (...) con el objeto de hacer brillar una voz determinada sobre las demás. Al crear esa gran partitura el maestro Meyerbeer, usó del mismo procedimiento que Dios al hacer su obra, dio

¹² “El Mercantil Valenciano”, 5 de abril de 1881.

vida a individualidades más o menos importantes, pero sin elevar tanto a las primeras sobre las últimas, que desapareciese la majestuosa armonía del conjunto.

Preciso es, pues, poseer el genio de Gayarre para sobresalir en dicha producción, tan esplendorosamente como lo admiramos anteanoche.

Las secundarias notas de un recitado adquieren en su privilegiada garganta un valor inmenso, como el vulgar y modesto traje en gallarda y aristocrática figura. Así se comprenden los aplausos que el auditorio le prodigó en el primer acto y en los pezzi, no muy culminantes, en que intervino, tanto en el segundo como en el tercero.

Llegó, por fin, el cuarto, y como allí el maestro no pudo menos de complacerse en la dramática situación de Vasco de Gama, esclavo del mismo mundo que descubría, el aria del ilustre marino reviste todas las tropicales armonías del Indostán y todos los afanes en que se agita la cabeza del genio encadenado Gayarre, encontrando ya espacio bastante elevado para desplegar sus alas de águila, canta y nos remonta al efecto, donde se cierne; y después sigue elevándose en su apasionado dúo con Selika, demostrando así que no hay barrera capaz de cerrar el camino por donde sube el verdadero talento artístico.

No recordamos bien en cuantas ocasiones fue llamado a escena, pero sí que al finalizar dicho acto pisó cuatro veces las tablas juntamente con la señora Remondini, que al lado de Gayarre, hemos acabado de conocer su mérito, pues basta decir que en el citado dúo, entusiasmó también al público.

Con acierto les secundaron la Sra. Fidi y los señores Ulloa, Fárvaro y las demás partes; pero nos pareció que la orquesta dejó algo que desear, y que los coros desafinaron, especialmente en el tercer acto.

El teatro apenas podía contener el número de asistentes, que se desbordaba por pasillos y corredores.¹³

Por su parte, en el rotativo liberal “El Mercantil Valenciano”, Ignacio Vidal escribió otra portentosa crítica para valorar la divina actuación de Julián Gayarre en esa maravillosa ópera que es *La Africana*. El crítico musical, profesor de música, aporta muchos más datos. En primer lugar, Gayarre es un gran actor, en tanto que sabe imprimir caracteres diferentes a personajes tan distintos como Fernando, en *La Favorita*, o Vasco de Gama, en *La Africana*. El aria de referencia, “Oh, paraíso”, en el Acto IV fue el momento “sublime”. Todos los cantantes rayaron a gran altura. Bianca Remondini se creció al lado de Gayarre:

GAYARRE EN LA AFRICANA

Si grande fue el entusiasmo que el eminente tenor, gloria de nuestra patria, produjo en el público la noche que interpretó la parte de Fernando, de la perla de Donizetti, no fue menos el que causó al dar vida y encarnación real al Vasco de Gama de la portentosa creación meyerbeeriana, cuyo título va al frente de estas líneas.

Hay notables diferencias entre uno y otro personaje, diferencias que nacen de la escuela a que pertenecieron los dos insignes maestros; diferencias en los caracteres de los citados personajes, en los sentimientos que les

¹³ “Las Provincias”, 7 de abril de 1881. (El defectuoso estado del periódico al comienzo de la crítica hace ilegible algunas palabras del texto).

animan, en la finalidad de asunto que persiguen, en los obstáculos que tropiezan para realizarla y en los medios de que disponen; y estas diferencias ha sabido Gayarre percibir las y expresarlas, pues si acertado estuvo en imprimir carácter al atribulado amante para quien no fueron bastantes los votos religiosos á reprimir la pasión mundana que prendió fuego en su alma, admirable interpretación dio al inmortal portugués que abrió al antiguo continente las puertas de las regiones vírgenes de la India. Algunos dudaban de que nuestro compatriota pudiera bosquejar la personalidad de Vasco de Gama bajo su aspecto dramático, considerándole únicamente como un cantante de primer orden, pero los que tal pensaban, sin duda á causa de equivocados informes, habrán tenido ya ocasión para convencerse de lo contrario, o sea que Gayarre, sin necesidad de recurrir a amaneramientos siempre ridículos, ni valerse de medios de expresión violentos y forzados, consigue empleando solamente recursos naturales, no exentos de arte ni de propiedad escénica, presentar ante el público la fisonomía dramática del personaje que interpreta, haciéndolo interesante y atractivo, justificando de esta manera que no en vano ostenta el valioso dictado de primer tenor del mundo que la fama le adjudica.

Es, pues, Gayarre un artista en toda su integridad, que ajusta su acción a la del asunto que desenvuelve el drama, identificándose en él y llenando por tal concepto los fines que una obra artística de tal naturaleza debe cumplir. Siguiendo, pues, nosotros la misma marcha que <La Africana> recorre en su interpretación, hablaremos del concepto que nos merece la que alcanzó anteanoche.

La bellísima romanza, primer número de importancia de la citada ópera, fue cantada con acierto por la Sra. Fidi. El público la oyó como quien oye llover, y lo mismo sucedió con los diferentes fragmentos que siguen a la romanza, por lo preocupado que estaba esperando la salida de Gayarre a la escena.

Por fin apareció en ella nuestro compatriota, cuyo continente apuesto y elegante, interesó al público que le dispensó una grata acogida. Ya desde este momento cesaron los cuchicheos, convirtiéndose los espectadores todo oídos, y disponiéndose a escuchar y recrearse con el bellissimo canto del incomparable artista. Salvo las bellísimas frases que dijo, lo restante del acto no entusiasmó al público, quien vio pasar indiferente las escenas del Concilio y el grandioso final que cierra con brillante broche el gran número de bellezas contenidas en todo el acto primero.

El aria del sueño con que empieza el segundo, proporcionó a la distinguida tiple señora Remondini una verdadera ovación, lo cual no nos extraña, pues sabido es cómo la canta esta artista, que dejará gratísima memoria entre nosotros.

El Sr. Fárvaro, que suple con los abundantes recursos que posee, la deficiencia de sus medios vocales, cantó con el buen gusto que le caracteriza la escena que sigue al aria, suprimiendo la plegaria. El bellissimo dúo fue interpretado por la Remondini y Gayarre, de un modo notable, siendo muy aplaudidos y llamados a la escena.

El «settimino» a voces solas tampoco interesó al público lo que en las anteriores representaciones.

La «alborada» del acto tercero, el público la acompañó con chicheos, a causa de las frecuentes desafinaciones del coro. La verdad sea dicha, la hora no es la más oportuna para que la garganta esté expedita. El Sr.

Fárvaro oyó aplausos al final de la «balada», y lo demás del acto transcurrió sin novedad alguna.

Llegamos, por fin, al acto cuarto. No hay ejemplo de la grandísima ovación que el público tributó al eminente Gayarre que hizo un verdadero alarde de sus poderosas facultades, ni cabe en lo posible imaginar una ejecución tan brillante como la que le cupo al bellissimo «andante» del aria de «Vasco». Su frase amplia se deslizaba con la majestad de lo sublime; los acentos con que expresaba la admiración que sentí y los recuerdos que le asaltaban al contemplar tanta grandeza, herían las fibras más sensibles del espectador que se sentía fascinado por tanta belleza. ¡Qué pureza en la emisión de la voz! ¡Qué corrección de estilo! ¡Qué dulcísimo fraseo! No hubo remedio: el público, ebrio de entusiasmo, no se satisfizo con una audición, y Gayarre accedió gustoso a repetir el «andante» «Oh, paradiso», a cuyo final los bravos, vítores y aclamaciones interrumpieron algunos momentos la representación.

A esta ovación que el público tributó a nuestro ilustre compatriota, siguió otra de la que participe la señora Remondini. Nos referimos al gran dúo con que termina el acto, que mereció una interpretación digna de tan incomparable número musical. La Remondini se creció al lado de Gayarre, y los dos artistas de consuno, confundieron sus voces admirables impregnadas de pasión y sentimiento; no sabemos a punto fijo el número de veces que fueron llamados al palco escénico; lo único que recordamos es que fueron muchas, viendo con gusto que algunas señoras, no muchas por desgracia, batían fuertemente sus blancas manos, rompiendo con una costumbre que no tiene en su abono ninguna razón.

En el aria del «manzanillo», la señora Remondini fue también aplaudida y llamada a escena.

La orquesta estuvo bien dirigida por el señor Rivera.

Ignacio Vidal¹⁴

6.3. *Lucia di Lammermoor*

El día 7 de abril, Gayarre ofreció a los valencianos cantar *Lucia di Lammermoor*, con el reparto que indicamos a continuación en los primeros papeles:

Edgardo	Julián Gayarre
Lucía	Bianca Remondini
Lord Enrico Ashton	Pedro Fárvaro

Esta ópera de Donizetti sirvió también para la despedida oficial de Bianca Remondini. Es una lástima que el mal estado del diario “Las Provincias” nos impida conocer los entresijos de la actuación de Julián Gayarre en *Lucia di Lammermoor*. De la opinión de este diario puede inferirse que fue la mejor actuación de Bianca Remondini. En cuanto a Gayarre, “Las Provincias” se dio cuenta del *canto fino* del tenor navarro, por la pureza y precisión natural en su emisión, plena de matices. Sobresaliente también el

¹⁴ “El Mercantil Valenciano”, 7 de abril de 1881.

barítono valenciano, ya veterano, Pedro Fárvaro. El coro y la orquesta, un desastre. En el caso de la orquesta, la supresión del arpa es lamentable:

Lucía, como indicábamos ayer, valió una brillante ovación al eminente tenor Sr. Gayarre, y también una lisonjerísima despedida a la señora Remondini. Nuestro famoso compatriota excitó el entusiasmo del público, sobre todo en el acto primero, y en la escena final de la ópera. También fue muy aplaudido en el dramático concertante del segundo acto, aunque no es en pasajes de esta índole en lo que más brilla su portentosa potencia musical. ¡Con qué deleite se le escucha siempre!. Su hermosa voz, la ductilidad de sus registros, la emisión, siempre franca, siempre natural y espontánea y un estilo purísimo de canto admiran en el joven artista a cuantos tienen la dicha de escucharle.

(...)

Gayarre, (...) y nos hacían comprender que no se trataba ya de un ser mortal, de una mujer, sino de un ángel bell'alma inamorado, cuyo recuerdo arrancaba una lágrima a su desolado amante.

La Sra. Remondini puede marcharse de Valencia satisfechísima. Había sido considerada como una cantante muy apreciable, de buenas condiciones naturales, que cantaba todas las óperas bastante bien, y por lo tanto muy propia para tiple de temporada en un teatro como el de Valencia. Pero en el papel de Lucía reveló facultades más sobresalientes, que produjeron grata sorpresa y le valieron una ruidosa demostración de despedida, como dijimos ayer en breves palabras.

En el difícil rondó del tercer acto demostró las excelentes condiciones de su voz y la limpieza de su garganta. Fue escuchada con religioso silencio durante las (...) frases que atesora tan admirable escena, las cuales dijo con verdadero encanto, y después de unas difíciles variaciones, no siempre del mejor gusto, pero ejecutadas de un modo irreprochable, fue objeto de una entusiasta y cariñosa ovación. Sus admiradores la obsequiaron con innumerables ramos y bouquets, y la empresa le regaló una preciosa joya.

En el concertante final del acto segundo, el señor Fárvaro nos recordó sus buenos tiempos, sosteniendo y animando con maestría el conjunto, lo que le valió grandes aplausos.

Los coros y la orquesta se resintieron notablemente de falta de ensayos. ¿Por qué en función tan solemne se ha de suprimir el arpa, que ha de ejecutar el interesante solo y acompañamiento del primer acto, (...), sustituida, en parte, por el clarinete y la flauta, con lo cual perdió la gracia exquisita y la delicadeza que encierra la primera arieta de la tiple?¹⁵

Ignacio Vidal, en "El Mercantil Valenciano", se despidió con una gran crítica sobre la actuación de Gayarre en *Lucía di Lammermoor*. Define la voz de Gayarre con el calificativo de "metálica". Admite la mediocridad de los cantantes que, usualmente, actuaban en Valencia, *pace* grandes voces como la del tenor español. También Bianca Remondini y Pedro Fárvaro hicieron una gran actuación:

¹⁵ "Las Provincias", 10 de abril de 1881.

GAYARRE EN *LUCÍA DI LAMMERMOOR*

No podrá quejarse la empresa de la manera cómo el público valenciano ha correspondido a sus esfuerzos para traer a Gayarre. Las tres representaciones que lleva dadas el eminente tenor, han sido otros tantos «llenos», con la circunstancia agravante de que una buena parte de ese mismo público ha tenido que pagar a un precio elevado el derecho de ocupar un humilde asiento en las alturas de lo que se llama, sin duda por sarcasmo, el «paraíso». Todo, no obstante, lo ha sufrido con resignación y paciencia dignas de ser cantadas en verso heroico, solo por el placer de oír a Gayarre, cuyas notas tienen una resonancia «metálica».

Y a pesar de este afán vertiginoso, a muchos hemos oído lamentarse después de haberse deleitado con la maravillosa voz de nuestro compatriota, que su venida es más bien perjudicial que beneficiosa.

Esto que a la simple vista parece una paradoja, pues no se concibe que la belleza que resalta en su afiligranada labor, produzca afectos contrarios a los que debe producir; bien mirado, en sus consecuencias, no deja de ser verdadero en el fondo.

Con efecto, acostumbrado nuestro público a ver interpretadas las obras del repertorio lírico-italiano por artistas mediocres, la presencia en la escena valenciana de un artista de excepcionales aptitudes que descubre a nuestro espíritu dilatados horizontes que antes permanecían ocultos entre espejos celajes, destruye por algún tiempo los efectos que una mediana interpretación debe producir, pues difícilmente pueden borrarse las impresiones profundas que un artista de tanta talla deja en nuestro ánimo.

Aceptando los hechos tales como son, y sin preocuparnos de sus consecuencias, porque no hay peor inconveniente que el recordar a uno que está saboreando suculenta comida, los horrores de una laboriosa digestión, pasemos a reseñar nuestro juicio acerca del desempeño de la preciada joya de Donizetti, «Lucia di Lammermoor», cuyos conceptos musicales, impregnados del espíritu plañidero y sombrío, que el novelista inglés Walter Scott reflejó en sus trabajos, pueden competir, sin desventaja, al lado de los mejores del repertorio moderno.

Los espectadores, poseídos de una gran ansiedad por escuchar a Gayarre, dejaron pasar inadvertidamente el primer cuadro de la ópera, sin preocuparse poco ni mucho del aria que el simpático artista Sr. Fárvaro cantó con la pureza de estilo que todos conocen.

Los murmullos se fueron apagando, y la atención comenzó a fijarse al ejecutar la flauta y el clarinete el preludio de la cavatina de tiple con que principia el segundo cuadro. No sabemos por qué causa, aun cuando suponemos que obedece a una de carácter económico, han dejado de formar parte de la orquesta las dos arpistas que se habían contratado a principios de temporada.

La Sra. Remondini cantó con estilo correcto y pureza en la emisión de la voz, tanto el bello recitativo de salida, como la cavatina que le sucede, a cuyo final oyó generales aplausos, que se repitieron al presentarse Gayarre en la escena. Cuanto dijéramos en elogio de los citados artistas, aparecería pálido al lado de la realidad. Todas las relevantes facultades que adornan a nuestro compatriota, las puso de relieve en el precioso andante «Nulla tomba che rinserra», que fraseó de una manera inimitable, valiéndole una merecida salva de aplausos, de la que fue partícipe la distinguida tiple Sra.

Remondini, que una vez más justificó las distinciones de que ha sido objeto por parte del público valenciano.

A la terminación del «allegro» con que termina el primer acto, los dos artistas fueron llamados al palco escénico varias veces en medio de estrepitosas demostraciones.

El dúo de tiple y barítono del acto segundo, fue escuchado con atención, pero sin interesar sobremanera.

Verificada la mutación de escena con alguna dificultad, los coros interpretaron con ajuste la escena de los esponsales, alterando su conjunto un discordante sonido producido por un instrumento de metal.

La introducción del concertante fue bien cantada, resaltando las voces de la Remondini, Gayarre y Fárvaro en el cuarteto que no dejó nada que desear, y emitiendo nuestro compatriota brillantes notas que sobresalían entre la admirable combinación de sonidos que tiene dicho concertante.

Solamente echamos de menos en Gayarre la acción altamente dramática que requiere la situación que abraza la «stretta» final del segundo acto, especialmente en el «maledetto». Tratándose de un artista tan eminente como nuestro compatriota, todo se acrisola y depura, y lo que en un artista de menor importancia pasaría desapercibido, en él no puede seguirse este mismo criterio.

La Sra. Remondini sobrepujo nuestras esperanzas en la ejecución de la difícil aria de la «locura», y de esta misma opinión participaba el público, a pesar de tener formado un juicio muy favorable respecto a dicha artista, que si algo deja que desear en cuanto a medios de expresión, en cambio se coloca a inmensa altura como cantante. El tierno y dulce andante «Ardon gli incensi», lo dijo de una manera encantadora y diáfana recorriendo fácilmente los tonos del diapason de su voz; pero donde la Remondini estuvo admirable fue en el «rondó» de la citada aria, emitiendo con limpieza y seguridad una verdadera avalancha de notas en forma de cadencias, trinos y otros juegos de vocalización que cautivaron a la concurrencia, la cual dispensó a la «diva» una unánime ovación que duró algunos momentos, cayendo a sus pies numerosos ramos de flores, y recibiendo además una magnífica pulsera de oro y dos preciosos bouquets.

Gayarre fraseó deliciosamente el andante del aria final de la obra, haciendo alarde de su gallardo estilo y hermosa voz, pero descuidando los ademanes y la acción que acusaba falta de propiedad. El «allegro» se resintió de matices y volvemos a repetir lo que antes hemos dicho; cuando se trata de aquilatar su ejecución es preciso descender a todos los detalles. En la repetición estuvo mejor.

Ignacio Vidal¹⁶

Entretanto, la sociedad valenciana se volcó con el tenor de Roncal. Así, el Casino de Valencia invitó a Gayarre a una *comida aristocrática* (¡Sic!), que se celebró al día

¹⁶ "El Mercantil Valenciano", 9 de abril de 1881.

siguiente, 8 de abril, en la sede social. Dada la presencia del cantante navarro, se exigió a los comensales ir vestidos de rigurosa etiqueta¹⁷.

6.4. Gayarre repite *La Favorita*

Como en la estructura musical de las misas napolitanas del siglo XVIII, Gayarre finalizó sus actuaciones en el Teatro Principal de Valencia con la función del día 9 de abril, dedicada, como la de su presentación, a la misma ópera: *La Favorita*. Al llegar a la romanza “Spirto gentil”, el público alcanzó el frenesí, “con lluvia de flores, versos y oro”. “El Mercantil Valenciano” detalla en su crítica los regalos que le hicieron aquella memorable noche al tenor navarro, cuantiosos. Tras esta última actuación en el Teatro Principal de Valencia, Gayarre partiría luego para Sevilla:

Anoche se despidió Gayarre del público valenciano. El teatro Principal estaba de bote en bote. No es tarea fácil describir cuanto ocurrió en él durante el transcurso de la función, y especialmente en las situaciones más culminantes de *La Favorita*. Nuestro compatriota se excedió a sí mismo, y en su semblante, en su voz incomparable y en su fraseo se revelaban el deseo de complacer al público valenciano que tan grandes ovaciones le ha dispensado en las cuatros funciones en que ha tomado parte. No nos proponemos reseñar los diferentes incidentes que ocurrieron en la representación de la citada ópera; nos falta tiempo y la tranquilidad de ánimo que se necesita para escribir de estos asuntos. Tan sólo diremos que Gayarre cantó como él solo sabe la romanza y el dúo del acto primero, siendo llamado al finalizar esta pieza cuatro ó cinco veces a la escena. Las frases que preceden al concertante del cuarto fueron pronunciadas con una vehemencia sin límites.

Pero la gran ovación fue al terminar la bellísima romanza «Spirto gentil», que dijo con un colorido y una suavidad de tonos imposible de expresar. El público subyugado por el eminente tenor, dio rienda suelta a su entusiasmo, que tocó en los límites del frenesí, apenas hubo terminado Gayarre dicha romanza.

Faltaba todavía algo, y este tuvo lugar al final del dúo con que termina la obra. Una lluvia de flores, versos y oro cayó desde lo alto del escenario a los pies del eminente artista. El público frenético aplaudía sin cesar, y a muchas señoras desde los palcos las vimos asociarse a este movimiento de simpatía. Fueron innumerables las veces que se levantó el telón para satisfacer los deseos que tenía el público por saludar a Gayarre que estaba vivamente impresionado. Durante esta ovación sin ejemplo recibió el insigne artista muchos y valiosos regalos, entre los que recordamos los siguientes:

Una alegoría con los atributos de la música, de la empresa; una preciosa corona de laurel; del Sr. Montero, un bastón de concha macizo; el Ateneo, un precioso tarjetero, estilo renacimiento, en cuyo centro había la siguiente inscripción: «A Gayarre. El Ateneo científico-literario y artístico de Valencia. Año 1881». Los Sres. Fierro, Pla y Fernández, tres hermosas mantas

¹⁷ “Las Provincias”, 6 de abril de 1881. (Fueron unas semanas mágicas para la ciudad de Valencia. Primero, con la visita del pianista Arthur Rubinstein; luego Julián Gayarre; y, en la Pascua, el violinista Pablo Sarasate).

construidas en la fábrica de Tello. El Sr. Rico, un cuadro con un tipo de labrador de nuestra huerta pintada por March, y un precioso neceser el Sr. Andrés. Además, la Escuela de Bellas Artes ha ofrecido al eminente tenor un grabado en plancha de acero, cuya ejecución está confiada al distinguido profesor Sr. Franch. Otros regalos recibió Gayarre que ahora no recordamos.

Hoy saldrá en el tren correo de las dos y media con dirección a Sevilla. Nosotros no debemos decir otra cosa al eminente tenor sino que guarde grabadas en su corazón las extraordinarias atenciones que ha recibido del público valenciano. Es el único agradecimiento que éste desea.¹⁸

¹⁸ "El Mercantil Valenciano", 10 de abril de 1881.